

enteramente personal, sin haber dado ni distribuido nada, y el amor propio que ha nacido en su espíritu, permanece en él para ofuscarlo. ¿Por qué ha de ser así? Así hablaba Budha.

Pasando luego, como lo hace con frecuencia, del precepto á la leyenda, cuenta lo siguiente. Kana Kavarna, justísimo monarca, reinaba en un opulento país, cuando una estrella infausta anunció que el dios Indra negaría por doce años el beneficio de la lluvia. Hizo, pues, grande acopio de arroz y otras vituallas, y durante once años vivió el pueblo de raciones que él mandaba distribuir; pero en el duodécimo no le quedaba nada, y mucha gente pereció de hambre. Hasta el mismo rey contaba sólo con una ración de comida. Un budha quiso poner á prueba su compasión, y alzando el vuelo fué á caer en la terraza adonde había subido el príncipe, en compañía de sus cinco mil consejeros, y le pidió limosna. Kana Kavarna se puso á deplorar su extremada miseria, pero resignándose, mandó verter en la taza del huésped su último alimento. De improviso alzó el Budha el vuelo en medio del estupor de todos, é inmediatamente empezaron á verse portentos en favor del país. «De los cuatro puntos del horizonte se elevaron cuatro velos de nubes; vientos fríos arrojaron de allí la corrupción, y abundantes lluvias disiparon el polvo. En el mismo día cayó una lluvia de manjares de todas clases.» La leyenda los enumera largamente, y después refiere que en el segundo día cayó una lluvia de trigo, manteca, aceite, algodón, telas, oro, plata, esmeraldas y diamantes. Sakia-Muni, que hace mención de ello, se presenta él mismo como testigo, pues entonces él era Kana Kavarna, y deduce que la limosna es buena, y que indudablemente no perecen las buenas obras. En efecto, en los países donde se profesa la religión de Budha, sería una rareza ver un avaro. Cerca de los conventos, la piedad de los fieles ha construído albergues cómodos, y á veces hermosos para los extranjeros y viajeros.

La mancomunidad de las obras se extiende hasta las generaciones sucesivas; á propósito de lo cual es ternísima una antigua leyenda. Predicaba un día Budha, y decía á sus discípulos: «Un hijo que llevase cien años sobre los hombros á su madre, ó que á fuerza de fatiga, le procurase toda clase de goces, no habría hecho nada por ella, que le alimentó con su leche y lo educó

con sus palabras; pero si iniciado en la verdadera fe, la comunicase á sus padres, la retribución de lo que les debe será completa.» Entonces uno de los oyentes, poseído de remordimientos, pensó entre sí: «Yo no presté ningún servicio á mi madre, y ha muerto, y padece en otro universo por no haber conseguido la verdadera luz. ¡Si pudiera sacarla de allí!» Dirigió su súplica á Budha, y éste consintió en llevarle al mundo réprobo, donde estaba la madre rejuvenecida, la cual, habiéndoles preparado el banquete de la limosna, se sentó en un puesto inferior enfrente de ellos, y pidió que la instruyesen. Ya instruída exclamó: «La senda pura del cielo se ha abierto para mí; no más pecados. Vos habéis venido á visitarme, gracias á mi hijo, vos á cuya vista es tan difícil llegar aun después de mil anualidades; y yo me hallo á la otra orilla del mar de los padecimientos.» Alegrábase el hijo con el consuelo que su madre sentía y no se separaron hasta que ella hubo recibido por completo la verdad y la vida de la fe.

La creencia en la transmigración de las almas, como sucedió con el brahmanismo, hizo que excediese la piedad hacia los animales más que la que se tenía para con el hombre. Además, el panteísmo miraba como colmo de perfección el aniquilamiento de todas las facultades, absorbidas en la contemplación de Budha. Tan bellos principios conducen, pues, al ejercicio de las admirables y penosas abnegaciones de los Yóguis y de los Talapuinios, á las cuales afortunadamente es dado á pocos llegar, contentándose el mayor número con la práctica de las virtudes de inferior escala, que son las más verdaderas, humanas y benéficas.

Dícese generalmente que Budha combatió las castas, con objeto de restablecer la primitiva igualdad de los hombres; pero en realidad no sucedió tal cosa, pues si atacó á la casta sacerdotal, fué por considerarla no como la más elevada y poderosa, sino como institución religiosa, depositaria é intérprete de una creencia contraria á la buena ley que él anunciaba. Para libertar al hombre de la alternativa del nacimiento y la muerte, admitió, á lo menos en sus primeras predicaciones, las castas como un hecho estable y una consecuencia de la vida anterior. Educando á los inferiores, se proponía remediar el vicio del nacimiento y emanciparlas de la ley de la transmigración. Abrió, pues, á todos el camino de la salud, al principio patri-

monio de unos pocos. Con el nombre de religiosos los igualaba entre sí.

Las castas se hallan establecidas entre los budhistas; pero el sacerdocio no es privilegio de una sola casta, sino de una junta de religiosos célibes, en que podían entrar todas las clases. Las castas inferiores quedaron, como antes, sujetas á los trabajos determinados por el nacimiento, y bajo la protección de los sacerdotes.

Así, pues, en la misma proporción que los brahmanes debían odiar á los budhistas, éranles á éstos favorables los inferiores, á quienes elevaban hasta nivelarlos con sus maestros. Además, la doctrina parecía fácil á todos, pues que se reducía su práctica á la lectura y á la meditación; esto, sin contar que la conducta de los ascetas budhísticos se captaba el respeto por su regularidad y sencillez, y no se notaban en ellos la codicia, el fausto y la hipocresía de los brahmanes. La predicación era mucho más eficaz, porque el maestro aseguraba que había llegado á ser Budha á fuerza de virtud, alcanzando como tal una sabiduría y un poder sobrehumanos; añadiendo que su doctrina no perecería con él, sino que vendría un nuevo Budha, á quien él había ya consagrado en el cielo, antes de bajar á la tierra.

Multiplícáronse, pues, tanto las conversiones, que los brahmanes se asustaron, viéndose amenazados en su esencia misma. Si se admitía en todos la posibilidad de la emancipación, desaparecería la subordinación originaria de las castas, y el sacerdocio no se transmitiría ya por herencia, sino que sería el premio de la virtud. Los brahmanes opusieron á semejante innovación todas las astucias de un poder que se siente amenazado; y un filósofo de la escuela mimansa, llamado Curila Butta, sublevó contra los budhistas á todos los indios, mandando que «desde el puente de Rama hasta el pie del nevado Himalaya se diese la muerte á cualquiera que guardase miramientos á las mujeres y á los hijos de los budhistas».

Esta lucha, cuyas huellas aparecen en los libros budhísticos, produjo el ensanche de los principios; y al paso que antes se respetaba la división de castas y la herencia de las profesiones, y estaban prohibidos los matrimonios fuera de ellas, sacáronse entonces más francamente las consecuencias de la capacidad igual de todos los hombres para elevarse.

Abolida la casta suprema, debió introducir el budhismo una jerarquía; y por eso desde los

tiempos más antiguos hallamos en la India un patriarca, que no sólo es representante de Budha en la tierra, sino Budha mismo, sucesivamente encarnado en los varios patriarcas, á los cuales transmite además de la doctrina, la divinidad; lo que hace que su autoridad crezca desmesuradamente. A todos les era lícito aspirar á la categoría suprema, pues á la muerte de un patriarca, se congregaban los jefes del clero para elegir el nuevo vicediós, que lleva de país en país aquellas creencias, sellándolas á veces con el martirio. El primer patriarca, sucesor de Sakia-Mani, fué un bramán, después vino un chatria, en seguida un vasia, y luego un sudra, á fin de que apareciera desde el origen la igualdad religiosa de todas las castas.

Diferéncianse, pues, los budhistas de los brahmanes, en el hecho de creer que ciertos hombres pueden llegar por grados á ser Dios, al paso que los últimos hacen aparecer á Dios encarnado bajo la figura de hombres y de animales. Ven los brahmanes en todo la acción inmediata del Omnipotente; creen en la creación de la materia, y prestan fe á los Vedas y á los Puranas; mientras que los budhistas rechazan estos libros, y suponen la materia eterna y á Dios en constante reposo.

Budha tuvo que aceptar el panteón bramánico, que entonces predominaba; pero redujo estos dioses á un oficio subalterno. Así es que en las leyendas, ó no aparecen, ó están subordinados á la virtud de los religiosos, como debía acontecer en una religión que proclama que la práctica de las virtudes morales es superior al culto, y atribuye á aquélla el supremo poder de la santidad. Desconocen los budhistas los sacrificios y la adoración del fuego, y honran las reliquias de sus santos, mientras que los brahmanes reputan inmundos á los restos mortales.

Los sacerdotes budhistas, llamados *talapuinios* ó *raan*, no pueden casarse sin ser antes despojados de su carácter sagrado. Viven unidos en conventos próximos á los templos, y no se cuidan de los sufragios en memoria de los fallecidos, cosa á que dan tanta importancia los brahmanes. Estas sociedades tienen por jefe á un zara, y todos los zaras tienen por superior á un zarada, que aunque vive y viste como los demás, obtiene supremos honores. Este sale con los pies desnudos mendingando de puerta en puerta; pero las calles por donde

transita están adornadas de alfombras. Para implorar su bendición se postra el pueblo, y las mujeres huyen como seres imperfectos, é indignas de fijar sus miradas en el santo. El criminal que toca á un *raan* cobra su libertad. Leer, escribir, educar á la juventud, y ganar de este modo el sustento para sí, para sus huéspedes y para los menesterosos, son las ocupaciones de los talapuinios.

Muchos escritores cristianos no pueden ocultar su admiración y asombro ante esta religión de caridad y civilizadora, que no tiene Dios, y que descansa en la sencilla palabra de un hombre, el cual predica la nada (*nirvana*).

Cuatro sectas principales se distinguen en esta religión. Los filósofos de la naturaleza (*Svabavikas*) niegan la existencia del principio espiritual, y entienden el rescate final ó como un reposo eterno, ó como un vacío absoluto. Los teístas (*Aisvarikas*) admiten un Dios inteligente, único, en concepto de algunos, y en concepto de otros, primer término de una dualidad, cuyo segundo término es la materia coeterna: las almas creadas por él, vuelven á su seno, para librarse de la fatalidad de la transmigración. El sistema de los sectarios de la acción moral acompañada de la conciencia, y el de los sectarios del esfuerzo, esto es, de la acción intelectual, también acompañada de la conciencia, provinieron del deseo de combatir el quietismo de las sectas anteriores, que privaban de la actividad á Dios y de la libertad al hombre.

Vencidos en la India, llevaron los budhistas su tenaz vitalidad al través del Asia inferior, hasta que se establecieron en Ceilán, donde dominaba desde tiempos remotos un culto tributado á los demonios, que eran cantados en sus poemas, y continuaron y aún continúan siendo adorados, como por vía de transacción, al par que el budhismo. Desde entonces el país de Ceilán quedó enteramente separado de la India, y de allí, como de un segundo centro, se derramaron los budhistas por toda la India allende el Ganges, entre los Birmanes, el Pegú, Siam y Java. Ciento siete años antes de Jesucristo, su vigésimo segundo patriarca viajó hasta Tergama, en la pequeña Bucaria, á 400 leguas de distancia de la India. Desde el año 390 habían penetrado los libros del budhismo en la China, y se habían hecho traducciones de ellos; pero la religión no tomó allí incremento hasta un siglo antes de J. C. Después en el siglo v, el vi-

gésimo octavo patriarca, llamado Bodhi Dorma, llevó consigo al Imperio del Centro la religión de que era jefe, y murió allí en 491. Llámale los chinos, Ta-mo, nombre que dió margen á que le confundiesen con santo Tomás, ó con un Tomás, discípulo de Manes. Este Ta-mo se aprovechó de su posición que le acercaba á la majestad imperial, para persuadir á todos sus próselitos de que era el jefe natural de su religión, y encarnación legítima de su Dios.

Por la misma época penetró la religión de Budha en los países montuosos del Tibet, donde se conservó, tosca y grosera, sin querer sus sectarios volver á Ceilán para estudiar las tradiciones más puras, ni aceptar el refinamiento introducido por los chinos. Pero aun así introdujo en el Tibet la civilización y la escritura.

Probablemente se estableció hacia el siglo vi en el Japón y en la Corea, al mismo tiempo que penetraba en las naciones tártaras por el lado del Norte y del Occidente.

No todos reconocían la supremacía del patriarca residente en la China. Rechazábanla con especialidad los tibetanos, como que habían bebido sus creencias en otra fuente. Sin embargo, cuando la China fué conquistada por los mogoles, y cuando los descendientes de Gengis-Kan extendieron su poderío desde el Japón hasta Egipto, desde la Eslesia hasta Java, el patriarca instalado en la corte de tan poderosos emperadores, cubriéndose con su gloria, fué elevado á la categoría real y como dió la casualidad de ser natural del Tibet, se le asignaron allí dominios, tomó el título de *lama*, que en aquella lengua significa sacerdote, y hecho príncipe temporal, consolidó la jerarquía y su primado.

En la India permaneció proscripto el nombre de Budha, y hasta se echó un velo sobre el Budha antiguo, encarnación divina de Vishnu. Se consideró como nefasto el día que lleva el nombre del planeta á que este dios preside, y los pocos sectarios que quedaron en el país fueron mirados como herejes y colocados en la categoría de yainas.

Literatura y lenguas.

Si extraña hallar la India tan adelantada en las sendas filosóficas, no menos debe admirarnos su literatura. Sus obras están escritas en tres lenguas: sánscrita, pracrita é indostánica. La primera

ya no se habla, la segunda se usa poco; y la tercera se subdivide en infinitos dialectos. El pueblo y las mujeres hablan el pracrito ó sea «natural», compuestos de elementos menos refinados y diferentes según los lugares. Al Mediodía se usaba el pali, que llegó á ser la lengua sagrada del budhismo, y con él se extendió, no sólo por Ceilán, sino también al otro lado del Ganges, por el Pegú y entre los Birmanes. Derívase este idioma del sánscrito, con determinadas modificaciones, las más de las veces eufónicas, y puede considerarse como el primer anillo de los idiomas hijos de aquél y denominados indoeuropeos. Las obras más grandiosas y antiguas, las únicas que compiten en belleza con las de los griegos y las vencen en extensión, están escritas en el idioma sánscrito; es decir, perfecto.

El sánscrito es lengua sacerdotal en toda la extensión de la palabra, pues parece que no fué usado sino por la casta que presidió á la organización social de aquellos pueblos. Por esto domina en él el mismo carácter sacerdotal que se observa en el latín, en el persa y en el germano antiguos. El griego viene á ser la transición entre estos idiomas y las lenguas poéticas heroicas, hasta que las lenguas eslavas, que debieron su origen á las clases siervas, con su gramática artificial se acercaron más á la índole del lenguaje familiar. El sánscrito es una lengua infinitamente más regular y sencilla que la griega, siendo idéntica en ambas la estructura gramatical; más proporcionada que la italiana y la española en la mezcla de vocales y consonantes; libérrima en la composición de palabras hasta el punto de tenerlas de ciento cincuenta y dos sílabas; rica y flexible como el habla de Platón; inspirada y enérgica como la persa y la alemana; severamente exacta como el romano primitivo.

En el alfabeto de la India, en el cual no se halla el menor vestigio de jeroglíficos, las más delicadas modificaciones de los sonidos se encuentran representadas por cincuenta letras, artificiosamente distribuidas con orden y simetría admirables. Las modulaciones se dividen en vocales fundamentales, vocales líquidas ó consonantes moduladas, y vocales dobles ó diptongos; además de dos asonancias finales, que indican una el sonido sibilante y otra el nasal. Las articulaciones están clasificadas en guturales, paladales, cerebrales, dentales y labiales, y á cada una de estas clases se refieren

dos letras sordas, dos aspiradas, una nasal, una sibilante y una líquida ó semivocal.

El sánscrito tiene tres géneros, tres números y ocho casos, añadiendo á los seis latinos el causal y el locativo. Su conjugación tiene tres voces, seis modos y seis tiempos, y expresa todas las gradaciones de la existencia y del movimiento, fijando además en todos los casos el significado de los verbos, con partículas invariables.

La literatura India, auxiliada por una lengua tan excelente y por una escritura antiquísimamente perfeccionada, produjo dos obras maestras, de las cuales hemos dado al lector alguna idea: el *Mahá-Bhárata* y el *Ramayana*. Los versos son métricos como los latinos, y rítmicos como los nuestros; y su poética está tan distante de las trabas de la escolástica como de la desordenada extravagancia de las composiciones chinas.

Valmiki vió dos pajarillos que en la soledad habían preparado el nido para sus amores, cuando una mano villana se apoderó del macho matándolo. Valmiki, en la ira que le causaron este espectáculo y el gemido lastimero que en la rama del árbol repetía la hembra ya viuda, prorumpió en palabras que resultaron rítmicas, y así fueron inventadas la elegía y la *esloca*, dístico particular de la poesía india. Este origen poético nos indica el predominio que tiene en la literatura de que vamos tratando la melancólica elegía, y es muy natural que lo tuviese donde se consideraba el mundo como un lugar de expiación, á todos los seres como almas aprisionadas, y á todos los cuerpos como responsables en los trastornos y en las culpas. Así domina una triste armonía en todas las formas poéticas, desde la fugaz *esloca* hasta las concepciones más gigantescas.

Los poemas.

Singular es entre todas las literaturas la sánscrita por el íntimo enlace de la poesía con la ciencia. Muchos de sus antiguos libros filosóficos se hallan escritos en verso, sin que por esto padezcan menoscabo ni en la exactitud del análisis, ni en su lógico desarrollo. Está escrito en dísticos el código de Manú, y lo está también hasta el diccionario de Amhara Sinha. En el Bagavad-Purana el rey Parakiti dice al sabio Suka: «Maestro, quisiera saber cómo están unidas las almas

á los cuerpos; cómo nació el dios Brahma, cómo creó el mundo; cómo conoció á Vishnu y sus atributos; qué cosa es el tiempo, qué son las generaciones humanas y las edades del mundo; cómo llega el alma á identificarse con la divinidad; cuál es el tamaño y la extensión del universo, del sol, de la luna, de los astros y de la tierra; qué número de reyes han dominado en este mundo; cuál es la diferencia de las castas; cuáles son las diversas formas que ha tomado Vishnu; cuáles las tres potencias principales; qué cosa es el Vedam; qué se entiende por virtud y por obras piadosas, y cuál es el objeto de todas las cosas.» ¿Puede un europeo imaginarse un poema sobre tales asuntos? De aquí la grandiosidad de aquellas composiciones, en comparación de las cuales, las de Homero son como las del Tasso comparadas con las del poeta griego y que satisfacen menos á la razón que á la imaginación. Sin embargo, erraría mucho quien creyese encontrar en ellas la ampulosidad confusa, y las fantásticas metáforas de los orientales. Es verdad que exageran las ideas, amontonan los accidentes y presentan imágenes gigantescas; pero su estilo es sencillo, su colorido puro, escaso el número de figuras, y no abundante el de epítetos. La exuberancia está en la fantasía, no en los pensamientos ni en las palabras; antes bien, ofrece singular contraste lo límpido y ordenado de la expresión con lo inmenso de la fábula.

Son asunto de los poemas heroicos las diversas encarnaciones de los dioses, no en hombres solamente, sino también en varios animales; de suerte que el Ser Supremo no entra en ellos tan sólo como máquina, sino asimismo como sujeto. Los mismos hombres, en fuerza de la contemplación, pueden acercarse á la divinidad, multiplicando de este modo las relaciones entre los seres más superiores y los más inferiores. Es verdad sin embargo, que estos dioses colorados y azules, con cien brazos y cien pechos, convertidos en osos, monos ó serpientes, desfiguran el sentimiento humano y la idea de la belleza. Además, como el dios hecho hombre vencería fácilmente los obstáculos que se le oponen, sus fuerzas son moderadas por la fatalidad. La *maya* ó ilusión cayéndole como un velo sobre los ojos le impide descubrir lo futuro.

Los más famosos de estos poemas, son el *Ramayana* y el *Mahá-Bhárata*. El argumento del primero, escrito tal vez en la misma época que

el Darma-Sastra, es, como ya dijimos, la victoria de Rama (Vishnu encarnado), sobre Ravana, dios de las raxasis ó demonios. Estos habían usurpado á los genios buenos el privilegio de ser invulnerables; lo que les había dado la victoria sobre ellos y la ventaja de no poder ser vencidos sino por un hombre. Por tanto, los genios buenos suplicaron á Vishnu que se encarnase. Reinaba Dasarata hacía novecientos años en Ayodhia, «ciudad contruida por Muni, primer rey de los hombres. Las calles de esta ciudad estaban admirablemente alineadas y regadas en abundancia; las fachadas de las casas estaban pintadas de varios colores como tableros de ajedrez. Poblábanla mercaderes de toda especie, saltarines, danzantes, elefantes, carros y caballos; tenía gran riqueza de piedras finas y abundancia de víveres, templos y palacios, cuyas cúpulas rivalizaban en altura con las montañas. Abundaban en ella baños y jardines hermosos con el árbol del mangó, y el aire estaba impregnado de incienso, lleno de guirnalda, de flores y del perfume de los sacrificios. No habitaban en esta ciudad más que regenerados (ó sea hombres de las tres primeras castas), obedientes á los preceptos de los Vedas, llenos de verdad, de celo, de compasión, dominadores de sus pasiones y de sus deseos; ningún avaro ni embustero, ni engañador ó malévolo é irreconciliable enemigo. Ninguno vivía menos de cien años: todos tenían larga posterioridad y daban á los bráhmanes más de mil monedas. Exhalaban suaves olores, llevaban rizos en los sienes y guirnalda y collares elegantes. Además, el rey Dasarata era muy versado en los Vedas y en los Vedantas, amado del pueblo, hábil cual ninguno para guiar un carro, infatigable para ofrecer sacrificios y asistir á las ceremonias sagradas, casi tan sabio como un richi, celebrado con razón en los tres mundos y protector de sus súbditos como Muni, ó Manú, el primero de los monarcas.»

Faltábale para ser el más bienaventurado de los príncipes la satisfacción de tener hijos, y para conseguirlo resolvió consumir el sacrificio más solemne, el del caballo. Gástanse muchos años en los preparativos; pero era menester que la hija del vecino rey Chanta se case primero con el santo joven Richa Sringa, que solitario estudia los Vedas en los bosques. Un coro de doncellas haciendo ostentación de todas las gra-

cias de sus personas va á buscarlo; y él al ver sus danzas voluptuosas, al oír por la primera vez la melodiosa voz femenil, queda prendado y se casa con la hermosa hija de Chanta, la de los ojos de loto. Consumado el sacrificio, Vishnu que está en el cielo «vestido de amarillo con brazaletes de oro, montado sobre el águila Vinuteya, como el sol sobre una nube, y con el dardo en la mano», sin dejar el cielo se encarna en el hijo de Dasarata con el nombre de Rama.

Visva Mitra, sabio de regia estirpe, que con sus austeras virtudes se había elevado al grado de brahmán, vino entonces á pedir auxilio contra los malos genios; y Rama, héroe de diez y siete años, dejó á su padre para ir á combatir contra ellos con un inmenso séquito en que iban osos y monos engendrados por los dioses. Al marchar cayóle sobre la cabeza una lluvia de flores, y los cielos despidieron suavísimas armonías. Recibió armas divinas, con las cuales conversaba, y cuanto topaban en el camino daba á Mitra la ocasión de instruir á Rama, y proporciona al poeta asunto para hermosos episodios. Pasó luego el Ganges, *rio celeste que purifica la tierra*, y llegó á los dominios del rey Yunaka, el cual tenía un arco que jamás había sido doblado por brazo humano, y que estaba colocado en un cajón montado sobre ocho ruedas, para tirar del cual se necesitaban ochocientos hombres. Rama lo dobló sin embargo, y lo rompió, produciendo un ruido semejante *al fragor de una montaña que se desploma*, y en premio obtuvo por esposa á Sita, á quien condujo á casa de su padre. Este resolvió conferirle el título de príncipe heredero; pero la reina Keikey, mirando por los derechos de su hijo Bhárata, é instigada por una envidiosa confidente, recordó al rey el juramento que le había hecho de otorgarle dos gracias, y le pidió que enviase desterrado á Rama. Dasarata, no pudiendo faltar á su juramento, y viéndose obligado á pedir á su hijo que se ausentara, murió de pesadumbre, y Rama, vestido de anacoreta, comenzó las penitencias en el desierto. Ravana, príncipe de los malos genios, le roba entonces su consorte y se la lleva á la isla de Ceilán. Para atacarlo en ella echa Rama un puente sobre el mar por donde pasan los confederados, y se da la batalla en la tierra y en el aire. Rama y Ravana, encontrándose frente á frente en sus respectivos carros, se atacan con tal furia, que el fragor del combate hace temblar la tierra por el espacio de siete días hasta

que Ravana sucumbe. Sita demuestra su inocencia con la prueba del fuego, y Brahma y los demás dioses se presentan para bendecir á los vencedores. Rama levanta un templo á Siva, dios de los vencidos, y luego de regreso á Ayodhia, recobra su trono. Durante su reinado, en el cual termina la edad de plata, vuelven á presentarse en la tierra todas las virtudes, hasta que cargado de años y colmado de gloria, Rama vuelve al cielo con su consorte, desde donde vela por la felicidad de este mundo.

Son interesantísimos los episodios de este poema, algunos de los cuales se han traducido á lenguas europeas. En el que Schlegel tradujo en verso con el título de *Bajada de la diosa Ganga*, Visva Mitra refiere á Rama de qué modo llegaron sus mayores al colmo de la gloria. Sagara, rey de Ayodhia, tenía dos mujeres, una de las cuales, llamada Kesini, dió á luz á Asamania, y la otra llamada Sumati, parió una calabaza, de la cual salieron de un golpe 60.000 hijos. El padre desterró al impío Asamania, dando sus derechos á su hijo Ansuman; pero cuando se disponía á consumir el gran sacrificio del caballo, la sagrada víctima fué arrastrada al abismo por una serpiente. Irritado Sagara, convocó á sus 60.000 hijos, que habían llegado á ser otros tantos héroes, y los envió en busca del raptor con orden de castigarlo y de recobrar el caballo. Ellos recorrieron la tierra y penetraron en los abismos hasta los infiernos, de lo cual asustados los dioses acudieron á Brahma y éste les respondió: «El sabio Vishnu igual á mí que tiene por consorte á la madre tierra, y que continuamente la protege bajo la forma de Capila, ve con su mirada penetrante el peligro de que está amenazada, y pronto su fogosa cólera se armará para devorar á los hijos de Sagara.» Estos, entretanto, siguiendo sus investigaciones, llegaron al más profundo de los abismos, donde vieron los cuatro elefantes que sostienen la tierra; luego cavando y cavando descubrieron el eterno Vishnu bajo la figura de Capila; y por último, el caballo que buscaban. Entonces acometieron al dios, pero éste con su abrasado soplo los destruyó. Ansuman, enviado en busca de sus tíos y del caballo, llegó donde éstos yacían convertidos en ceniza, y entristecido ante este espectáculo, quiso á lo menos derramar sobre ellos las libaciones funerales; pero ninguna clase de agua terrestre era á propósito para esta obra piadosa, y sólo la celeste Ganga, primogénita del Himalaya,

podía penetrar en las tenebrosas moradas y purificar las cenizas de los hijos de Sagara, haciéndolos de este modo dignos de habitar mejor mansión. Era, pues, importante hacer bajar á Ganga desde el cielo á la tierra. Recobrado el caballo y consumado el sacrificio, Ansuman sucede en el trono á su difunto abuelo; pero ni sus penitencias, ni las de Dvispa, su hijo y sucesor, pueden recabar el descenso de la diosa, empresa reservada para los mayores méritos de Bagirata, hijo de Dvispa. A Bagirata se le apareció Brahma anunciándole la bajada de Ganga, pero diciéndole que ante todo era menester que Siva, el dios del tridente, consintiera en recibirla sobre su cabeza; pues de otro modo la tierra sucumbiría bajo el enorme peso de la diosa. Inducido por nuevas penitencias, Siva concedió lo que se le pedía y dijo á Ganga: «baja»; pero ella, ofendida de su tono imperioso, se precipitó en forma de gigante sobre la cabeza del dios, lisonjeándose de arrastrarlo consigo al abismo. Envuelta, sin embargo, entre los enmarañados rizos de la larga cabellera de Siva, cabellera semejante á los bosques que cubren la cima del Himalaya, no pudo ni conseguir su intento, ni salir tampoco de aquel tortuoso laberinto, hasta que Siva, movido por las súplicas de Bagirata, dejó correr las aguas hasta el lago Vindú. Allí se dividió en siete ríos, entre los cuales la divina Ganga siguió suavemente el curso que le había trazado el santo rey, y los dioses miraron atentos correr el río sagrado por la tierra. En su camino turbó los sacrificios de un Muní que se la sorbió y la arrojó por la oreja; y llegando después al mar y sumiéndose en el fondo de los abismos, fué á rociar con sus ondas salutíferas los huesos de los hijos de Sagara.

Más tierno es el otro episodio, donde se refiere la muerte de Yayinadatta. Cuando Dasarata envió desterrado á Rama, estuvo seis días en silencio sumergido en profundo dolor, y luego una noche, dirigiendo la palabra á Cosalia, que dormía á su lado, le dijo que veía llegada la hora de expiar con la muerte una antigua culpa. En su juventud, y en la estación de las lluvias, estando un día de caza esperando en acecho el paso de alguna fiera, oyó entre los matorrales un ruido como de un elefante que llenase de agua su trompa. Lanzó su dardo, pero oyó un lamento, y acudiendo, vió que había muerto á un joven penitente que había ido por agua á aquel paraje y que vivía en el bosque, siendo el único sos-

tén y el solo amor de sus padres ancianos y ciegos. El infeliz muere entre los lamentos de quien deja una vida floreciente, y en ella personas queridas; y Dasarata se dirige á la morada de los dos ciegos para llevarles la horrible noticia. «Yo entonces—habla el rey—tomando el cántaro de agua, me adelanté hacia la cabaña de sus padres. Allí encontré á aquellos infelices viejos, ciegos, sin criados, como dos pajarillos á quienes se han cortado las alas, murmurando entre sí y llamando á su hijo, al hijo muerto á mis manos, é impacientes por su larga ausencia. Al oír el ruido de mis pasos, Monia me preguntó: «Ah! ¿por qué has tardado tanto, hijo mío? Trae pronto de beber. Yayinadatta, ¿por qué te has detenido tanto tiempo á la orilla del río? Tenías muy afligida á tu madre. ¡Oh!, si tu madre ó yo te causamos algún disgusto, súpelo con paciencia, y no te ausentes por tanto tiempo, cualquiera que sea el punto adonde vayas ó de donde vengas. ¿No eres tú ahora el apoyo de mis débiles pasos? ¿No eres los ojos de tu padre ciego? ¿No eres el aliento de mi vida? ¡Oh! ¿por qué no respondes?»

Dasarata les da cuenta de su involuntario delito, y conduce á los dos ancianos al sitio donde yace exánime su hijo. Por largo tiempo acariciaron sus fríos despojos, y luego cayeron ambos en tierra al lado del cadáver. «¡Oh Yayinadatta—exclamó la madre, cubriendo de besos sus helados labios—¡oh hijo mío, que me amabas más que á tu misma vida! ¿por qué estando á punto de abandonarme para tan largo viaje, no me has dirigido una sola palabra de consuelo? Un beso más, ¡oh hijo mío!, un beso sólo, y me resigno á tan cruel separación.»

Entonces se aparece el joven en forma divina á los ancianos, y después de haberlos consolado, asegurándoles que goza de la bienaventuranza, se vuelve al cielo declarando á Dasarata inocente. El solitario que estaba para lanzar contra el rey la maldición (y maldición de brahmán jamás deja de realizarse) la suspende, pero le pronostica que debe morir de violento pesar ocasionado por un hijo. «Y ahora—dice por último Dasarata á Cosalia—ahora conozco que va á cumplirse la imprecación.» Y ocupado con la idea de Rama, llega insensiblemente al término de su vida. Así la luna al salir la aurora pierde poco á poco su argentada luz.—¡Oh Rama, oh hijo mío,—fueron sus últimas palabras. Y su alma subió á los cielos.»

De este poema, se cree autor al antiquísimo escritor Valmiki. El hecho de remontarse á los tiempos más apartados lo demuestra la circunstancia de hallarse representados sus personajes en los monumentos más antiguos, y la de representarse en las fiestas, en danzas y pantomimas las escenas en que figuran aquellos personajes, con los monos belicosos que fabrican el puente, y el gigante enemigo con sus diez cabezas y veinte brazos traspasado por las divinas flechas. Esta epopeya en el himno que la precede, es comparada á un «impetuoso torrente que se desprende de los montes de Valmiki, precipitándose en el mar de Rama, puro de toda mancha y rico de arroyuelos y de flores». Al principiar el poema dice Brahma: «Mientras subsistan las montañas y corran los ríos por la tierra, se pagará la historia de Rama entre los mortales.»

De fecha poco más reciente debe ser el *Mahá-Bhárata*. Refiérese en él otra de las encarnaciones de Vishnu y la escena más vasta de la religión india, escena en la cual, durante el sacrificio de doce años, hecho por Caunaka en la floresta de Naimasaa, Santi, hijo de Suta, cuenta lo que narró Vaisam-Payana, como oído de la boca del primer inventor de aquella epopeya. Del rey Bhárata, que reinaba en Astinapur, descendía en séptimo grado el Radja Bischitrabiri. Este dejó dos hijos, el mayor llamado Dritarastra, ciego, que engendró á Duriodana y á otros cinco hijos denominados los Coros; y el menor, llamado Pandú, que tuvo cinco hijos varones denominados los Pandos. Muerto Pandú, subió al trono el ciego Dritarastra, y para exterminar á los Pandos incendió sus habitaciones. Estos, sin embargo, pudieron librarse del incendio, y atravesando el desierto huyeron á Cumpela, en donde se hicieron tan ilustres por su valor y generosidad, que Dritarastra, resolvió dividir con ellos su reino. Dióles, pues, la mitad con Dehli por

capital, reservándose la otra mitad con Astinapur; pero después, arrepentido y envidioso, los convidó á su casa, y jugando con ellos al ajedrez les ganó con fraudes los países que poseían. Al jugar la última partida prometieron los Pandos si perdían, retirarse por doce años á la soledad, y después vivir oscuros. Perdieron, y cumplieron su palabra; pero á su vuelta Duriodana los trató tan ásperamente que tomaron las armas contra él. Estalló, pues, la guerra, durante la cual Vishnu apiadado de las quejas que la tierra, en forma de ternera, le dirigía pidiéndole



Figuras de antiguos dioses indostánicos (Templo de Ellora).

remediase la depravación de los hombres, resolvió redimirlos encarnándose bajo el nombre de Crishna. Libróse portentosamente de los peligros que rodearon su cuna, de los cuales el más grave fué la muerte de todos los niños, mandada ejecutar por sus enemigos. Estando aún en mantillas hizo muchos milagros; se libró de las serpientes, mató gigantes y monstruos, vivió entre pastores ocupado en sus tareas y en sus juegos, y con su zampoña amansaba las fieras y deleitaba á las pastorcillas. Enamorado, fué á rescatar las hermosas cautivas, venció á un gigante de siete cabezas, y por este hecho diez y seis mil vírgenes hermosísimas se casaron todas con su libertador. Siendo su misión combatir el mal bajo cualquier forma, sostuvo á los Pandos en sus discordias con los Coros, hasta que en la batalla del lago Curchet, que duró diez y ocho días, murió Duriodana y quedaron vencedores

los Pandos. Entonces, harto ya de estar en la tierra, se volvió al cielo donde dirige los bailes circulares de las esferas, de los meses y de los años que se mueven armónicamente alrededor del sol.

Está representada en este poema la encarnación de Vishnu con una majestad verdaderamente divina. Crisna baja á la tierra para hacer un sacrificio que él solo puede consumir; se sujeta á todas las debilidades y miserias para abatir el imperio del mal y ofrecerse por modelo á los hombres; pero como digno representante del ser invisible que lo envía, justo, bueno y misericordioso como él, no exige de sus adoradores sino fe y amor, el deseo de unirse á él, el desprecio de las cosas terrenas, y la abnegación de sí mismos. Muchos han encontrado cierta semejanza entre Crisna y el Cristo de Judea, más moderno que aquél.

Podemos formar una idea del estilo y de la majestad poética de este gran poema, examinando algunos de sus episodios. Cuando los Pandos, vencidos en el juego, se retiraron al bosque, el sabio Vrihaspati para consolarlos les refiere un caso semejante al suyo. Nalo, rey de Nisa, se había enamorado de Damianti, hija de Bima, rey de Vidarba, por la fama de su belleza. Un cisne con alas de oro se le ofreció por mensajero de amor. «Los pájaros alzan el vuelo llenos de alegría, y se dirigen hacia Vidarba, la soberbia ciudad. Humíllanse á los pies de Damianti, á quien columbran entre sus doncellas sentada sobre las alfombras de su palacio. Ella se sorprende al verlos; admira sus graciosas formas y esplendentes plumas; y sus jóvenes doncellas, enloquecidas con sus juegos, persiguen alrededor de las columnas á los pájaros de las alas de oro, que rápidos deslizan sus pies sobre el mármoleo suelo. Pero los pájaros desaparecen, y aquel que Damianti seguía de cerca en la floresta, al verse sólo con ella, le habla de esta manera, en el lenguaje de los hombres: «Damiantí! ¡un noble monarca reina en Nisa, excelente entre los mortales, bello como los gemelos Asvinos, Dios bajo humana forma! Si lo tomases por esposo, oh hermosísima princesa, bellos y nobles nacerían tus hijos, semejantes á ti y á su padre. Nosotros hemos visto á los dioses, á los gandarvas, á los hombres, á las serpientes y á los richis; pero no hay entre ellos á quien comparar con Nalo. ¡Oh preciosa entre todas las mujeres! Nalo es el orgullo de los hombres.»

Oído esto por Damianti, responde: «Ve y repite á Nalo las mismas palabras que me acabas de decir.» Desplegó las alas el pájaro dorado, y dirigió su vuelo á Nisa. En esto, habiendo Bima convocado á todos los príncipes, reyes y dioses, para que Damianti escogiese entre ellos esposo, acude también Nalo; pero Indra y otros dioses, prendados de la beldad de la joven, tomaron todos la figura de Nalo para engañarla. Sin embargo, ella sabe descubrir al Nalo verdadero. «Cuando los dioses aspiran á tu mano—dice Nalo á Damianti—¿por qué vas tú á escoger un mortal? Alza tu pensamiento y tus miradas hacia esos sublimes custodios del mundo. El polvo que levantan sus pasos es más noble que yo. Oponerse á la voluntad de los dioses es provocar la muerte. ¡Oh la más hermosa de las mujeres!



Figuras de dioses indostánicos. (Bajo relieve de Mahomalaitar.)

cuando un dios te posea, un manto eterno te cubrirá de esplendor y siempre te coronarán flores brillantes. Decide, escoge; un corazón que te ama te lo suplica.»

Mientras que el señor de Nisa hablaba de esta manera, una oscura nube de amargas lágrimas velaba los ojos de la virgen. «Héroe—le dice—, venerables son los dioses, yo los adoro, pero te elijo por esposo; á ti solo te deseo.»

El poeta pasa á describir la asamblea y la *Swayambara* ó elección voluntaria. La sala estaba sostenida por columnas de oro. Al través de los inmensos pórticos se adelantaron los héroes, semejantes al majestuoso leopardo que se pasea entre las colinas. Asientos de mil formas estaban preparados para recibirlos. «Tenían las orejas cargadas de piedras preciosas, las cabezas coronadas de hermosas flores, aspecto delicado y el conjunto lleno de vigor, semejantes á la flexible serpiente de anillos más duros que el bronce. Sus brazos eran de gigantes y las tren-

zas de sus cabellos ondeaban como racimos.»

Damianti se dispone á escoger el esposo que prefiere su corazón; pero ¡oh sorpresa! ve delante de sí cinco héroes enteramente semejantes á Nalo. La doncella vacila y tiembla; pero sospechando que es víctima de una ilusión, junta las manos y les dirige esta plegaria: «¡Oh dioses! hasta aquí mi alma y mi vida fueron puras. Que mi inocencia y mis preces por Nalo ejerzan poder sobre vosotros. Por mi pureza, por la sinceridad de mi amor, por mi culto á los dioses, ¡oh custodios del mundo, mostraos cuales sois á mi vista y permitid que Nalo se me aparezca!»

Según la teología indostánica, ninguna súplica sincera queda sin efecto. Es eficaz una maldición cualquiera que ella sea, y toda súplica, irresistible. Por tanto los dioses se presentan á la doncella bajo su inmortal aspecto, y Nalo en la forma que corresponde á la debilidad humana. «Los dioses se revelaron y sus pies no tocaban al suelo. Inmóviles como estatuas de cristal coronadas de inmarcesibles flores, no mueven jamás los párpados, no manchan su frente gotas de sudor, ni proyectan sombra alguna sus cuerpos. Pero el polvo y el sudor del hombre desfigurán la belleza de Nalo; su cuerpo proyecta una sombra, tiembla oprimido el suelo con sus pies, y se pinta el desaliento en sus miradas. Damianti por estas señas le reconoce.»

Entonces la virgen de los negros ojos, llena de pudor, coge la orla del manto de Nalo y la anuda con la guirnalda de flores que tiene en la mano. Los señores del mundo llenos de sorpresa al ver tal elección, exclaman: «¡Ah!» Los otros dioses y los sabios aplauden la virtud de la virgen: disuélvese la asamblea y se celebran las bodas. Nalo y su esposa, bendecidos del cielo, obtienen dos hijos, y presentan al mundo el ejemplo de la virtud.

Por desgracia aspiraban al amor de Damianti dos raxasis, Dvapara y Cali; pero habiendo llegado demasiado tarde, Cali jura disolver el matrimonio. Va á Nisa en donde viven felices los esposos, é inspira al marido una violenta pasión por el juego. En vano le modera Damianti; Nalo ha perdido ya hasta sus vestidos. Sólo su fiel esposa lo sigue en la miseria, y divide con él sus ropas; sin embargo, Nalo, inspirado por Cali, olvida tanto amor, y la abandona dormida en un bosque. ¡Júzguese cuál sería su dolor al despertar! Siguiendo los huellas de su esposo en-

cuentra una caravana de mercaderes; pero éstos no pueden prestarle auxilio porque los elefantes bravíos ponen en fuga á los domesticados. «En el bosque de los espantos, los mercaderes descubren un lago, cuyas plácidas riberas están sembradas de altas y espesas hierbas, y en cuyas aguas se reflejan los mil colores de los pájaros y los variados matices de las flores. El aire alrededor está impregnado del perfume del loto; la transparente limpidez de aquella agua da á los miembros una frescura que los conforta. Jinetes y caballos hacen alto cerca del lago encantado. Era de noche; el mundo entero dormía; profundo era el silencio, y los fatigados viajeros yacían sumergidos en el sueño. Cuando he aquí que una muchedumbre de elefantes bravíos, que goteando sudor, venían á beber en las ondas y á apagar su sed, reparan en la caravana, y su olfato reconoce á los elefantes domesticados. Llenos de furor, se abalanzan, removiendo las homicidas trompas, y acometen con irresistible fuerza y enorme peso, á guisa de una peña que rodando desde la cumbre de un monte se precipita y hace resonar el valle con su fragor de trueno. Por donde quiera que van hacen horrible matanza, destruyen y aplastan árboles y ramaje. La gente de la caravana es magullada por sus pies, desgarrada por sus colmillos, deshecha por sus trompas. Unos huyen, otros se detienen petrificados por el miedo; los camellos tropiezan y caen. En el sobresalto general chocan unos con otros, se hieren con golpes mortales; gritos espantosos salen de aquel campo de desolación. Estos se echan al suelo, aquéllos se arrojan al lago ó se suben á los árboles. «Salvados, salvados», gritan muchas voces. «Habéis aplastado mi perla preciosa», exclama un avaro. «Todo bien es bien de todos», responde otro. «Tened cuidado; están contadas vuestras acciones y yo velo», gritaba una voz atronadora.

La caravana atribuye esta calamidad á la presencia de Damianti. «Esta mujer cubierta de harapos, esta insensata, este demonio, hembra errante entre las tinieblas, es la que atrae sobre nuestras cabezas tanta desventura. Degollémosla, y así vengaremos á nuestros parientes muertos, y la pérdida de nuestros tesoros.»

Damianti huye hacia Ischedi, espléndida ciudad, gobernada por Sovahú. «Semejante á la luna, que apenas asoma asciende por el cielo, así pálida y temblando la joven princesa se muestra á las puertas de Ischedi, y entra con

los cabellos esparcidos y ondeantes sobre las demacradas y medio desnudas espaldas. Córrenla los niños cual si estuviera loca; pero ella se presenta á la madre del rey. «Oh!, esta mujer me parece una desgraciada demente—dice la noble reina—; sucios están sus vestidos; pero en sus altivas miradas y en su noble semblante leo la grandeza de su ánimo y la pureza de su linaje.» Tras esto guía á la desventurada á los suntuosos aposentos de sus habitaciones secretas. «Eres víctima de la desgracia; pero tu solo aspecto revela nobleza, como el relámpago que centellea en el seno de la negra nube. ¿Quién



Templo de Ellora.

eres? dilo, yo te protegeré contra la crueldad de los hombres; tú no eres ya una simple mortal.»

Nalo entretanto llega á los dominios de Carcotaco, rey de las serpientes, el cual después de haberlo transformado, lo manda en figura de carretero á Ayodhia para aprender un juego, por cuyo medio se pone en estado de recobrar cuanto ha perdido, y volver á entrar en posesión de su esposa, de sus hijos y del trono.

Este sucinto extracto no puede dar idea de las insignes bellezas del poema, bellezas que nada pierden al compararlas con las de cualquier autor clásico. Además de los poemas filosóficos y épicos abundan en la literatura india las poesías eróticas, nutridas de ideas religiosas, pero lascivas, y los himnos y fábulas. Estas últimas eran naturales en un pueblo que creía

en el panteísmo y en la metempsicosis, y que tendía en su literatura á la didáctica. La colección más famosa de fábulas es la *Itopadesa*, ó instrucción amistosa, en que el sabio Visva Sarman envuelve en apólogos la moral que tiene encargo de enseñar á los perversos hijos del radja Sudarsana. Se atribuye su compilación á Glipé, que cuatrocientos años antes de Cristo, lo compuso valiéndose de antiquísimos cuentos. Después fué traducido al pelvi en el siglo vi de nuestra Era, por orden de un rey persa, y luego lo fué al árabe, al turco y á más de veinte idiomas.

En las composiciones líricas se tratan por lo general asuntos tomados del *Mahá-Bhárata* y su originalidad se manifiesta no sólo en las alusiones y símiles que proporcionan al compositor las plantas y animales indios, sino en que éste se traslada de improviso á las regiones ideales.

Las obras de la literatura india (para cuya completa lectura no bastaría la vida más larga, y que así en la originalidad como en la extensión nos ofrece la idea de lo infinito), parecen compilaciones de otras más antiguas, en las cuales lo nuevo está mezclado con lo viejo, de suerte que la crítica puede á su gusto probar que son modernas ó antiquísimas. Si los griegos no hablaron de ellas, fué sin duda porque no conocieron de la India más que el Pendjab, país que en las memorias indias es considerado

como el más rústico y tosco. Además, ningún autor griego ni latino hace mención, por ejemplo, de los vasos etruscos; y sin embargo se descubren actualmente á centenares, dando testimonio de la habilidad de los antiguos habitantes de Italia. Antiguos son ciertamente los poemas y los monumentos de la India; pero su cronología opone un nuevo obstáculo para determinar las épocas en que fueron escritos, pues varía según las sectas, y aparece tanto más henchida de números, cuanto más se aproxima á nosotros, hasta el punto de haber hecho perder á los orientalistas la esperanza de ponerse de acuerdo.

El año de los indios fué primero lunar y después solar; comprendió de trescientos veinticuatro á trescientos sesenta y cinco días; y se

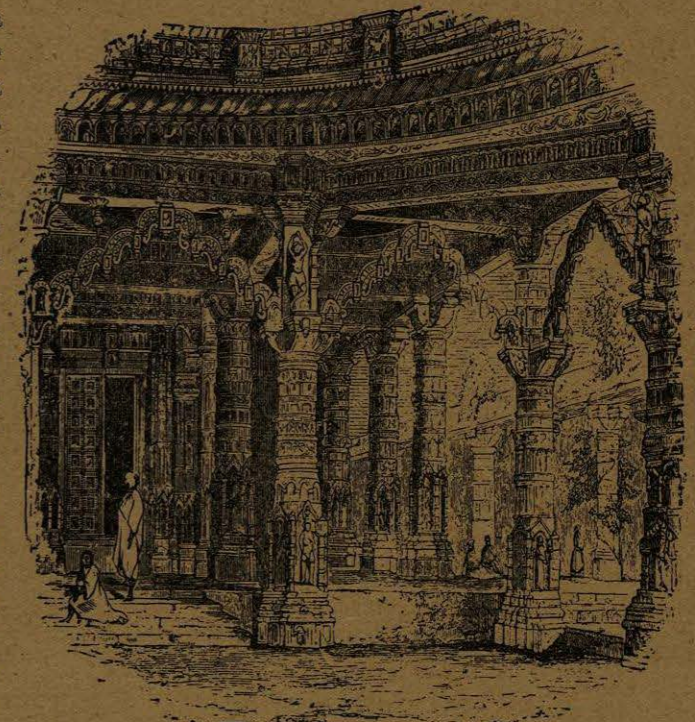
dividió en tres tiempos (*cala*) y seis estaciones (*ritu*). Los tres tiempos se componían cada uno de cuatro meses que eran los del calor, los de las lluvias, y los del frío; y las seis estaciones tenían dos meses cada una, denominados según las divinidades que los presidían. Comenzaba el año en la luna nueva de Marzo más inmediata al equinoccio, y seguía por espacio de doce meses, cuyos nombres se derivaban de doce de las veintisiete mansiones lunares (*nakchatra*). El mes lunisolar constaba de treinta días (*tithi*) de veinticuatro horas, personificadas en ninfas, y se dividía en dos partes (*pakcha*) de quince *tithis* cada una, una de la luna nueva (*amava*) y otra de la luna llena (*purnima*). La semana tenía los días con los nombres de los planetas en el mismo orden que los nuestros. Con sistemas tan gigantescos y extraños calcúlese si sería posible determinar la edad ni de los héroes simbolizados, ni de los monumentos maravillosos, ni de la literatura.

Los indios consideran la Edad presente como de decadencia, y creen que desde hace millares de años no hay ya nada que merezca conservarse en la memoria de los hombres. Por eso no escriben la Historia, prefiriendo hablar de los tiempos en que lo verdadero se confunde continuamente con lo fantástico. Sin embargo, esta aserción es quizá general, tan sólo á causa de nuestra ignorancia, y probablemente sería más justo decir, que todavía no tenemos noticia de sus libros históricos. Entre los indios como entre todos los pueblos muy apegados al sistema de tribus, se conservaban cuidadosamente las genealogías, y una princesa no podía encontrar marido si no probaba que descendía de familia soberana. Ciertamente que este exceso de imaginación, la ilimitada idea del tiempo, las encarnaciones de los dioses y la forma poética hacen que sea difícil separar la verdad de la fábula, y clasificar por épocas las narraciones; pero también es cierto que se han estudiado ya algunas pertenecientes á una remotísima antigüedad.

Artes y ciencias.

En cuanto á los demás conocimientos, la música fué enseñada por el mismo Brahma, y puesta bajo la protección de genios amables; por lo cual hizo progresos, y cada provincia tenía su melodía particular. Los indios citan á Bherat como el primer músico inspirado, é inventor de los dramas cantados y mezclados con danzas.

Los griegos de Alejandro admiraron en los indios, no menos que el lujo y la riqueza, el



Templo budhista de Monte Abú.

talento que mostraban para imitar cuanto veían. Pero si éste los condujo á adquirir cierto refinamiento insuperable en algunos trabajos, así como la exactitud perfecta en las formas y en los contornos, los alejó por otra parte muchísimo en la pintura y en la escultura de la excelencia á que llegó la Grecia, cuando asociando el símbolo al bello ideal, colocó la expresión de las ideas más sublimes en el rostro humano, animado por el genio del artista. Para rayar tan alto era preciso que el hombre revistiese á la divinidad de sus propias formas; pero los indios la presentaban en aquella inacción que para ellos es señal de santidad perfecta ó con símbolos monstruosos como infinito número de cabezas, brazos, ojos y pechos. En las obras de mano, como en las de la inteligencia, sobre-

salía la fantasía y á veces también el efecto, pero no se encuentra la armonía racional del conjunto, la unidad de plan y de forma, lentos frutos de la lógica y la experiencia.

Los indios, como todos los demás pueblos antiguos, tuvieron una geografía mitológica, cuyos principios están expuestos en los Puranas. Según esta geografía, la tierra es una superficie rodeada de una cadena circular de montañas llamadas *Lokalokas*. En el centro se levanta una desmesurada convexidad, detrás de la cual se pone el sol hacia *Siddhapuva* ó el polo Norte; cuya convexidad está formada por el Merú, eje del mundo que sostiene el cielo, la tierra y los infiernos. Los cuatro lados de la montaña sagrada que miran á los cuatro puntos cardinales son de los cuatro colores diferentes que distinguen las cuatro castas; blanco el oriental, del color de los brahmanes; rojo el septentrional, como el distintivo de los chatrias; amarillo el meridional, como el de los vasias; y pardo ó negro el occidental, como el de los sudras. De este centro común brotan cuatro ríos que nacen de una sola fuente, la cual cayendo desde el pie de Vishnu hasta la estrella polar, y atravesando la esfera de la luna, se divide en la cumbre del Merú, y desde allí se encamina hacia las cuatro regiones principales del mundo (*mahadvipas*), donde crecen cuatro árboles de vida de cuatro clases diferentes, llamados en general *Calpavrikca*. Estos ríos bañan al Norte el *Uttara-Cora*, al Este el *Badrasva*, al Oeste el *Chetumala*, y al Sur el *Yambú*. Así el mundo figura un loto que nada sobre el Océano: las cuatro *mahadvipas* son los pétalos de su cáliz; y las ocho hojas exteriores figuran ocho *dvipas* secundarios.

Excusado es decir que las tradiciones de los Puranas varían respecto de los números y de la distribución; pero la división más general, y acaso también la primitiva, agrupa en torno del Merú siete *dvipas*, que forman siete zonas concéntricas con siete climas correspondientes. Estas se hallan cerradas por siete corrientes ó mares; uno salado, *Yambudvipa*; otro encantado, *Cusa*; otro de azúcar, *Plaksa*; otro de manteca, *Sálmala*; otro de leche cuajada, *Crauncha*; otro de leche y ambrosía, *Saca*; y otro de agua dulce, *Puskara*.

Según otros sistemas se divide el mundo en nueve *candas* ó comarcas. *Ilabratra* está en el centro y en la parte más elevada de la tierra;

al Oriente, *Badrasva*; al Occidente, *Chetú*; al Mediodía se elevan tres cadenas de montañas llamadas *Nichada*, *Emacuta* é *Imachala*; y al Norte otras tres: *Níla*, *Sweta* y *Sringavan*. Entre las primeras cadenas están situadas las dos regiones de *Aricanda* y *Sinnaracanda*; y entre las otras las de *Ramiasa*, é *Iraniamaya*. Más allá de la cadena meridional está *Barata* ó la India propiamente dicha, y al otro lado de la septentrional se encuentra *Corú* ó *Airavatu*, patria del elefante de igual nombre, progenitor de los demás elefantes.

La cumbre del Merú es una llanura circular rodeada de colinas, tierra celestial (*Svargabumi*) donde se repite por los cielos (*Varga*), morada



Un harem indio. Bajo relieve del templo de Ellora.)

de los planetas y por las casas divinas á ellos correspondientes, el orden establecido en la región inferior, la cual está compuesta de siete *patalas*.

También los indios tuvieron su país de las fábulas, habitado por monos faunos, y osos. Este era el Decan. En la maravillosa *Lanka* (Ceilán) colocaban á los demonios, y la conquista de estos países fué la trabajosa ocupación de los héroes indios.

En las ciencias naturales les impidió hacer progresos á los indios la prohibición de buscar otro origen á las cosas, distinto del que les señalaba la tradición. Su astronomía era tan débil que ni siquiera supieron calcular los eclipses, ni llevar nota de las observaciones, si bien adoptaron para los cálculos astronómicos métodos enteramente particulares y maravillosos. El *Suria siddanta*, que los brahmanes pretenden revelado hace veinte mil años, es posterior, según se ha demostrado ya, al año 1000 de nuestra Era.

Los indios inventaron el ajedrez, el papel de algodón y una esfera armilar enteramente

diversa de la descrita por Tolomeo; y en uno de sus antiquísimos libros astronómicos se encuentra un sistema de trigonometría, ciencia ignorada enteramente de los griegos y de los árabes. También conocieron el álgebra, é inventaron las diez cifras numéricas con su valor absoluto y sus valor relativo, inventó el más maravilloso después del alfabeto. Teniendo en cuenta todo esto, debemos formarnos una gran idea de este pueblo á quien algunos autores llaman el más instruído é ilustrado entre los antiguos. Pero le impidió lanzarse audaz por la vía del progreso el apego servil que tenía á las formas, tanto en las producciones del ingenio como en las acciones; apego que hace que aun hoy mismo se halle su vida sometida hasta en los actos

más pequeños á infinitas ceremonias, creyendo que la omisión de una sola rutina cuesta eternos castigos, y que el cumplirlas todas salva hasta treinta millones de almas. A pesar de su decaimiento se advierte, aun en sus últimos escritos, un fondo de gran bondad; y en el *Karma Lotcana* que trata de los deberes domésticos leemos: «Un tribunal es como la ciudad de Benares; el juez representa á Siva, y los empleados de justicia á los diez millones de lingas. No levantemos falsos testimonios. Cuando uno es llamado al tribunal, sus ascendientes aguardan el fallo de su veracidad ó de su mentira. Los mares y los montes no pesan tanto á la tierra como pesa el injusto y el ingrato.»